

VÍCTOR DE LAMA DE LA CRUZ, *Relatos de viajes por Egipto en la época de los Reyes Católicos*, Madrid, Miraguano Ediciones, 2013, 380 págs.

“Pero esos sueños de peregrino sólo podían adquirir forma si tenían plena conciencia de que alcanzar aquellos lugares tan lejanos era un sueño realizable” (p. 9).

El profesor de la Universidad Complutense de Madrid Víctor de Lama de la Cruz nos retrotraerá, con estos *Relatos de viajes por Egipto en la época de los Reyes Católicos*, a una época en la que se entremezclan la realidad histórica del momento, las historias de la *Biblia* y la fantasía procedente de la literatura medieval.

Es precisamente a finales del siglo XV y principios del siglo XVI cuando Egipto se convierte en un enclave de peregrinación significativo para el cristiano de Occidente. La oportunidad de vivir la experiencia casi mística de conocer y poder ver con sus propios ojos aquellos lugares, en los que transcurrieron sucesos coyunturales reflejados en el Antiguo y Nuevo Testamento, suponía un acontecimiento trascendental al que no todo creyente tenía acceso. Asimismo, dichas peregrinaciones solo eran sueños realizables para aquellos que ocupaban una posición económica o sociopolítica elevada, por lo que, estar cerca del poder, constituía un factor determinante.

Con todo esto, Víctor de Lama nos acerca a cinco interesantes relatos de viajes prácticamente desconocidos, pertenecientes a cinco peregrinos o viajeros que se embarcaron, a finales del siglo XV, por unos motivos u otros, en una larga aventura por los lugares sagrados de Egipto. Por este orden, las obras de Bernardo de Breidenbach, El Cruzado, Pedro Mártir de Anglería, Diego de Mérida y Alonso Gómez de Figueroa, son estudiadas y analizadas exhaustivamente por el autor, quien aproxima a su lector a un pasado fascinante del que será partícipe en cada página de este libro.

No podemos negar que tanto la historia como la literatura son un *continnum* en sí mismas. En estas, los hechos que se suceden son provocados por otros que los preceden, de manera que siempre será fundamental partir de unos antecedentes que nos permitan conocer un periodo o etapa concretos. Por todo ello, el autor nos ofrece, en primer

lugar, una panorámica histórica y literaria, en la que se remonta hasta el siglo XIII, a través de la cual comprenderemos la necesidad de estos peregrinos de dejar por escrito un testimonio de su periplo en primera persona.

En el año 639 se produce la entrada en Egipto de los árabes. En un principio, su irrupción se presenta como una oportunidad para la liberación de este país del dominio bizantino, por lo que fue un acontecimiento de enorme transcendencia, que vino seguido de una serie de dinastías y de enfrentamientos internos.

Las peregrinaciones a los Santos Lugares nunca se interrumpieron, pero desde mediados del siglo XIII son los sultanes mamelucos quienes reciben la entrada de peregrinos cristianos en Palestina y Egipto (enclaves geográficos en que se visitan numerosos lugares santos), lo que permitió establecer relaciones diplomáticas con Occidente. Dichas relaciones comienzan a ser constituidas por los descendientes de Jaime I, que estrechan vínculos con los sultanes, posibilitando la peregrinación de cristianos aragoneses a Palestina. Los acuerdos se renuevan casi automáticamente cuando llega al poder un nuevo sultán u otro rey aragonés. Más adelante, los Reyes Católicos también continuarán con estos acuerdos diplomáticos y, en una de sus embajadas, será enviado ante el sultán de Babilonia sin duda el más culto de nuestros viajeros, el humanista Pedro Mártir de Anglería.

Como podemos observar, existió una necesidad, desde el punto de vista político, pese a los conflictos que se venían dando entre dos de las religiones monoteístas más poderosas, de establecer lazos que permitiesen satisfacer los intereses de ambas partes, dejando de lado las diferencias culturales y aquellas que incumbían a la dimensión religiosa.

Con respecto a la peregrinación a Tierra Santa, se concibe, hacia el siglo XIII, como el viaje por excelencia, y comienza con la conversión al cristianismo del emperador Constantino (c.250-329). La enorme cantidad de viajes realizados a estos lugares hizo necesaria la creación de guías, cuyo fin era mostrar los mejores caminos para moverse por esas tierras. Hasta el siglo XIII o XIV lo habitual es que estas guías se redactaran en latín. Paralelamente, surgieron los relatos de peregrinos, que ya en el siglo XIV superaron en número a las primeras y, en un principio, no estaban redactados en primera persona. Se sostiene que la primera guía de Tierra Santa en castellano es la

obra *Facienda de Ultramar* (primera mitad del s. XIII); también en el siglo XIII se documentan relatos hagiográficos en los que se tratan noticias sobre los hechos de los cruzados y Palestina, como *Anales de Tierra Santa*; y, a mediados y finales del siglo XIV se divulgaron obras como el *Libro de las maravillas del mundo*, de Juan de Mandeville, que reúne descripciones maravillosas de Oriente, incluido Egipto, partiendo siempre de unas fuentes librescas y con una influencia clásica muy destacable, hasta el punto de que se ha pensado que el autor no salió de su escritorio para escribir su obra; el *Libro del conocimiento*; o el *Libro del infante don Pedro de Portugal* de Gómez de Santisteban. Todas estas obras, pese a las divergencias que puedan hallarse entre ellas, comparten el rasgo en común de la presencia de Egipto como reducto significativo de lugares vinculados directamente con la *Biblia*.

La presencia de los franciscanos también fue determinante en los Santos Lugares. Durante el siglo XIV el poder que había alcanzado esta orden en Tierra Santa fue especial, al haberseles encomendado la Custodia de los Santos Lugares, es decir, los de Jerusalén y los de varios lugares más de Palestina. Además, desarrollaban “la evangelización entre musulmanes más con su ejemplo que con sus palabras” (p. 128).

En lo que respecta a los relatos de viajes medievales escritos por la orden religiosa mencionada (siglos XIII y XIV), Víctor de Lama destaca algunos títulos como *De Itinere Fratrum Minorum ad Tartaros*, de Benedicto de Polonia; *Historia Mongalarum quos nos Tartaros apellamus*, escrito por Juan da Pian del Carpine; y *De mirabilis Terrae Sanctae* de Odorico de Pordenone.

Todos estos datos e información proporcionados serán de gran valor para comprender mejor a nuestros viajeros. Víctor de Lama se acerca a la experiencia de estos individuos desde una perspectiva analítica y objetiva, para demostrar que los propósitos y la finalidad del viaje a los lugares sagrados de Egipto no siempre estaban motivados por los mismos factores. Esta situación deja entrever la transformación de una única realidad dependiendo de los ojos que la observen, ya que cada peregrino aportará su particular visión de unas tierras de auténtico valor simbólico, que, en ocasiones, impide la adquisición de una postura realista ante las mismas.

El autor, se centra, en primera instancia, en el análisis de la obra de Bernardo de Breidenbach, deán de Maguncia, *Peregrinatio in*

Terram Sanctam (Maguncia, 1486), que obtuvo un éxito rotundo en su versión en castellano (*Viaje de la Tierra Santa*, Zaragoza, 1498) y pronto se convirtió en un libro de referencia para los peregrinos castellanos y aragoneses. Como luego será habitual, una de sus características principales es el uso de la primera persona del singular en la narración, rasgo que aporta al texto una mayor credibilidad. Además, se piensa que el motivo principal de su redacción tenía como objetivo crear un libro que sirviera de referencia a los peregrinos que viajaran a Tierra Santa, aunque algunos señalan que, tal vez, hubiese sido concebido como una oportunidad para subir peldaños en su carrera eclesiástica. Independientemente de todo ello, lo que realmente nos interesa es la perspectiva que ofrecerá de los Santos Lugares de Egipto que visita, de los que tratará siempre de registrar, de la manera más fiel posible, sus experiencias vitales. Dicho dato será de gran interés, puesto que supone el contrapunto del *Libro de las maravillas del mundo* de Mandeville.

El periplo de Breidenbach incluye tanto los lugares santos de Palestina e Israel (Monte Sión, Santo Sepulcro...) como los de Egipto (Monte Oreb y Sinaí, Monasterio de Santa Catalina, Matarea, el Mar Rojo, El Cairo y Alejandría), que nos interesarán en mayor medida.

De todos ellos, aporta una visión objetiva que se enlaza con las historias bíblicas, sobre todo con aquellas relacionadas con la figura de Moisés, como son el Monte Oreb, punto geográfico en el que según el libro sagrado recibió los Diez Mandamientos, o el Mar Rojo. Las descripciones que aparecen en la *Peregrinatio* demuestran los conocimientos científicos del religioso, quien asegura que “dízenle Vermejo a este mar dicho, porque los montes y tierra cercana son de tal color” (p. 183). También, en Matarea, acudirá a la huerta del bálsamo, ligada al paso de la Sagrada Familia por Egipto. Su visita al Monasterio de Santa Catalina permite al autor percatarse de la contradicción manifiesta entre la información que aporta el de Maguncia y la que, posteriormente, ofrecerá El Cruzado. La estancia en El Cairo le da a Breidenbach la oportunidad de recoger información pertinente acerca de la vida de los esclavos, las costumbres de los musulmanes y cómo en esas tierras aún existía una notable presencia de la religión cristiana, representada por la minoría copta y por los dirigentes mamelucos que, siendo en origen esclavos cristianos, la añoraban tras haber tenido que renegar de ella durante su formación al ser educados en la religión islámica para dirigir el país.

En segunda instancia, El Cruzado, nuestro siguiente peregrino, realizará su viaje a Tierra Santa entre 1483 y 1485. La redacción de su viaje bajo el título *Los misterios de Jersusalem. En que se hallarán todos los lugares santos y estaciones y indulgencias que hay en toda la Tierra Santa*, tiene un objetivo completamente diferente al de Breidenbach: el fraile menor presenta su relato de viajes como una especie de tratado espiritual, por lo que, a diferencia de lo que vimos en el relato del deán, se centra exclusivamente en lo relativo a este ámbito.

Las exhaustivas descripciones que realiza de los lugares de paso son absolutamente deslumbrantes y, con minuciosidad y detalle, alude a los Santos Lugares de Jerusalén, Chipre y, en especial, de Egipto (El Cairo, el Monasterio de Santa Catalina y Alejandría), geografía que tiene la función de evocar un pasado sacro. A su vez, concede una información novedosa a la que el deán no hacía mención: esa relación de conflicto que se palpaba entre las tres grandes religiones; los judíos, por ejemplo, tenían terminantemente prohibido el acceso a la huerta del bálsamo: “Así que a esta devoción y misterio ni a toda el aldea alderredor no conviene que llegue judío ninguno so pena de la muerte...” (p. 218).

Por otra parte, la *Legatio Babylonica*, de Pedro Mártir de Anglería, sirve de contraste a la de El Cruzado, ya que refleja los intereses diplomáticos de los Reyes Católicos protagonizados por un cultivado humanista de su corte. Anglería carece de motivaciones religiosas, pues su objetivo es negociar un acuerdo político con el sultán de Egipto a principios de 1502, después de la expulsión de los musulmanes de Castilla y de Granada tras la rebelión de las Alpujarras.

Este humanista muestra una visión tan distinta de Egipto que su obra (formada por un compendio de cartas destinadas a amistades y a los Reyes Católicos, para informar de todo lo acontecido) se aproxima más al género del ensayo. Al mismo tiempo, el uso del latín, el dominio de las fuentes clásicas y una intención de explicar el mundo que le rodea de una forma científica y lógica, hacen posibles que el lector sea consciente del alto nivel intelectual de este personaje.

Destaca la visión que aporta del moro, mucho más positiva que en los casos anteriores —no corre la misma suerte el individuo judío, quien es atacado con fiereza por el autor—; y la necesidad de tratar

aspectos de corte sociológico, como pueden ser las costumbres de los habitantes o los esclavos.

Por su parte, Diego de Mérida, es un gran ejemplo de cómo ha de vivirse una experiencia de tal envergadura y de cómo ha de ser transmitida. En su periplo por Palestina y Egipto entre 1507 y 1512, *Viaje a Oriente*, realiza una exposición detallada de todas las experiencias que tuvo que vivir y los riesgos a los que estuvo expuesto. Su lenguaje sencillo, natural y directo, junto a la mezcla de expresiones coloquiales y latinas, y, sobre todo, sus vivencias, hacen que este relato tenga la capacidad de causar sorpresa al lector constantemente. En resumidas cuentas, su peregrinaje por Jerusalén, Palestina, Egipto (El Cairo, Matarea, el Monte Sinaí), y la travesía por el desierto, donde padeció una impactante tormenta de arena, constituirán un viaje único.

En última instancia, nos encontramos con la obra de Alonso Gómez de Figueroa. Difícilmente se podrá establecer una comparación con los relatos anteriores ya que su único objetivo es (además de mostrar su vana erudición) exaltar la figura de “el Gran Capitán”, imitando a algunos de sus coetáneos, como Hernán Núñez, quien dedica su glosa de *Las Trescientas* al conde de Tendilla.

La calidad y el contenido del *Alcázar Imperial de la Fama* dejan mucho que desear; se acaba reduciendo a una enumeración caótica de puntos geográficos, alejado de lo que se concibe como una auténtica peregrinación, e integra una ingente cantidad de elementos fantásticos que bien podían encontrarse fácilmente en cualquier libro de la época. En definitiva, el interés que puede despertar esta obra no va más allá de presentarnos un relato en verso, antes de que Encina redactara su *Tribagia*, y mostrarnos hasta qué punto podía ser popular referir un relato de viaje a Tierra Santa y a Egipto en esos primeros años del siglo XVI.

Resulta destacable la manera en la que Víctor de Lama consigue, a través de este magnífico estudio, seducir a sus lectores de principio a fin. La importante labor de recolección e investigación que ha llevado a cabo este autor con los relatos de estos desconocidos peregrinos para el público actual, convierte a *Relatos de viajes por Egipto en la época de los Reyes Católicos* en una joya imprescindible que revive una parte de la historia y de la literatura que nunca ha pasado desapercibida. La precisión con la que se acerca al perfil de estos viajeros y la forma de organizar toda esa información referente

al tránsito del siglo XV al XVI posibilitan un acercamiento sencillo, claro y organizado a estas cinco experiencias viajeras. Y los abundantes fragmentos de estos cinco relatos que se van ofreciendo para ilustrar las explicaciones permitirán, sin duda, al lector del siglo XXI disfrutar de las experiencias de estos esforzados viajeros.

DIANA ADUN SANTOS
Universidad de Alcalá